

# BOTÁNICA OCULTA

JOAN PERUCHO

# BOTÁNICA OCULTA



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Edhasa, basada en un diseño de Pepe Far

Ilustración de la cubierta: Dibujo de mandrágora, estilo fantasía,  
basado en las películas de Harry Potter.

Primera edición: julio de 2020

© 1981, Maria Lluïsa Cortés, heredera de Joan Perucho.  
Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent.  
© de la presente edición: Edhasa, 2020  
Diputación, 262, 2º, 1ª  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

ISBN: 978-84-350-1152-5

Impreso en Romanyà Valls

Depósito legal: B. 5901-2020

Impreso en España

## JOAN PERUCHO: EL MAGO QUE VEÍA MÁS ALLÁ DEL ESPEJO

Al gran escritor italiano Alberto Savinio (Atenas, 1891 - Florencia, 1952), de obra y creencias literarias muy paralelas al catalán Joan Perucho (Barcelona, 1920 - 2003) y también al que fuera su buen amigo el gallego Álvaro Cunqueiro (Mondoñedo, 1911- Vigo, 1981), raros experimentadores de lo fantástico en territorios tradicionalmente muy pegados a lo real, le gustaban tan poco las enciclopedias convencionales que decidió crear una a su manera: «Me siento tan poco a gusto con las enciclopedias –manifestó– que me he hecho una propia, para mi uso personal. También Schopenhauer estaba tan descontento con las historias de la filosofía que se creó una para su uso personal».

Con esa lapidaria declaración, Savinio dio paso a una de sus más célebres, imaginativas y exquisitas creaciones: *La nueva enciclopedia*, en la que trabajó durante cuarenta años, hasta el mismo momento de su fallecimiento. Una enciclopedia llena de ironía, finísima inteligencia y capacidad infinita de disfrute, que rápidamente se convertía en un autorretrato: el autorretrato de alguien disconforme con los saberes irrefutables y tradicionales; alguien que percibía que en la llamada «razón» siempre, sin cesar, se abrían grietas insólitas y apasionantes, imposibles de no ser observadas, admiradas, escudriñadas o incluso vislumbradas con espanto. Y, si no con espanto, al menos con un leve escalofrío, como le gustaba siempre subrayar al gran y añorado escritor que fue Joan Perucho.

Por otro lado, hay que decir que aquella enciclopedia ideada por Savinio cumplía mucho con las reglas, por así llamarlas, mantenidas por Perucho en sus escritos. Por un lado, como buenos ilustrados ambos, mostraban siempre un enorme respeto por las lecturas absorbidas en una vida de larga erudición. Es decir, por todo aquello que se consideraba normalmente como signos de sabiduría y conocimientos irrefutables. Pero, por otro, amantes del juego literario y de los campos infinitos abiertos por la imaginación, también mostraban una no menos fascinada comprensión e interés por los saberes menos aceptados, o al menos más puestos en duda, por la universalidad académica y canónica. En todo ello persistía sin descanso un infatigable y perenne sentido del humor que hacía de la lectura de cualquiera de sus textos un verdadero regalo y una experiencia inolvidable.

Del mismo modo, a la manera de Savinio, en ese plano de reelaboración de obras, diccionarios o enciclopedias admiradas, Joan Perucho decidió dedicar en su día también su personal homenaje al genio visionario que fue Paracelso. Como diría el poeta, narrador, crítico literario y de arte, memorialista e incatalogable ensayista y articulista que fue Perucho —uno de los más grandes autores de nuestro tiempo sin duda, incluido por Harold Bloom en su *Canon occidental*—, en el prólogo a su libro *Botánica oculta o el falso Paracelso*, de 1969, su obra tenía mucho que ver, desde el inmenso respeto y admiración que le provocaba el modelo original, en ofrecer una respuesta, a su manera, al fascinante e ingente trabajo del que sería el padre histórico, el primer y originario pilar, de la muy maravillosa y sorprendente *Botánica oculta*. Estamos hablando del médico, alquimista, teórico de las «fuerzas sobrenaturales» y cirujano innovador, así como filósofo de la naturaleza y personaje central del Renacimiento europeo, el gran humanista suizo Paracelso (1493-1541). De él sobrevivió una extensa y variada obra de contenido no sólo médico, sino también astrológico, teológico y metafísico. En esa obra inmensa, impregnada toda ella

por la «magia natural» propia del Renacimiento, se encontraban ya inscritas algunas de las ideas principales y más innovadoras que iban a impulsar, o al menos a prefigurar, las búsquedas ulteriores de numerosos médicos. Doctores y experimentadores de todo tipo que seguirían el camino iniciado por Paracelso en el análisis de las enfermedades, en la extracción de principios activos presentes en determinadas sustancias, en el uso de ciertos medicamentos «químicos» o bien, de forma muy revolucionaria, en remedios y curas de carácter «psicoactivo».

Paracelso dio el paso decisivo desde la medicina del romano Galeno (citado igualmente en la obra *Botánica oculta* de Perucho) hacia la medicina moderna basada en la bioquímica. Con ello desestabilizó los majestuosos y sagrados templos hasta entonces conocidos del saber galénico y aristotélico, abriendo la vía a la fisiología experimental. El homenaje que le hace un autor contemporáneo de enorme erudición y bagaje cultural como fue Joan Perucho, impregnado de literatura por los cuatro costados, y más que nada con alma de poeta por encima de todas las cosas, es realmente cautivador y deslumbrante en cada pequeño rincón y capítulo de este espléndido volumen. Un libro que tenía por centro los relatos de plantas, más o menos mágicas e improbables, así como un diccionario final de algunas de las especies más conocidas. Dotado de una ironía que se conjuga sin cesar con un amor sin límites por las formidables piruetas que proporciona una fantasía e imaginación desbordantes, hablara bien de la legendaria mandrágora, de las domésticas rosa y mejorana, de un ansiado talismán antidiablos como la apamarga, de la maliciosa y seductora dama del velo negro, de «las plantas mágicas de Barcelona» reseñadas escrupulosamente por fray Gerundio o de la llamada «planta bebé», *Botánica oculta* se convertía en un libro tan admirable como singular dentro de toda la amplia producción literaria de Joan Perucho.

Si tuviéramos que elegir, dentro de su muy nutrida, variada y versátil obra, quizá la sección, o apartado, por así llamarlo, que con-

forman tanto su *Monstruario fantástico* (1976), igualmente de extraordinaria originalidad, como su *Botánica oculta*, posiblemente ambos representen de lo más cautivador, adictivo y emblemático de su quehacer. Libros que, junto a otros suyos importantes y de gran proyección en su día, como fueron el *Libro de caballerías* (1957), *Las historias naturales* (1960) o *Las aventuras del caballero Kosmas* (1981), lo revelaron, entre otros muchos publicados en vida, como un autor prácticamente único e inimitable en su época. Y su gusto por lo fantástico y las aventuras más descabelladas, repartidas entre las más diversas épocas y continentes; su ironía, que jamás descansaba, dejada caer a través de apuntes breves y sutiles, con giros inesperados y carcajeantes, de una comicidad apoteósica, lucirían en *Botánica oculta* con todo su esplendor.

Poeta en sus inicios, y se puede decir que a lo largo de toda su vida, la poética de Juan Perucho sería siempre, fundamentalmente, la de lo invisible y lo intemporal. Ya fuera en sus libros de poemas, en sus prosas de variada inspiración o en sus relatos fantásticos, como es el caso, por poner sólo unos ejemplos, de *Diana y la mar muerta* (1953), *Galería de espejos sin fondo* (1963), *Rosas, diablos y sonrisas* (1965), *Nicéforas y el grifo* (1968), *Los emperadores de Abisinia* (1989), *Historias secretas de balnearios* (1972), *Museo de sombras* (1981), *Los laberintos bizantinos o un viaje con espectros* (1984), *Los misterios de Barcelona* (1988), *Detrás del espejo* (1990), *El basilisco* (1990) o *Los jardines de la melancolía: Memorias* (1993), se trata siempre de una poética y una obra de inspiración sumamente libre, que mezcla géneros sin cesar. Una poética y una obra que destruye de forma ininterrumpida, desde el comienzo de su trayectoria, todos los conceptos y reglas firme y trabajosamente levantadas por el andamiaje estricto de lo académico y racional, en ambientes dominados de forma constante por el realismo y la literatura costumbrista.

Porque ¿qué representaba para Perucho a fin de cuentas lo fantástico? Es decir, ese gusto por lo maravilloso, que nunca, desde

el principio, abandonaría a este gran autor en lengua catalana que, salvo en contadas ocasiones, siempre se tradujo a sí mismo al castellano. Él mismo se responderá en el texto *La montaña que habla*, de su libro *Rosas, diablos y sonrisas*: «A mí me parece que lo que en el fondo representa toda la literatura fantástica es la pura y simple reivindicación de la poesía y lo maravilloso ante la racionalidad excesiva de la vida. Me parece que el elemento fantástico es aquello que hace salir al hombre de lo habitual, de lo cotidiano, de lo antifantástico». O, si se prefiere, de lo antirrealista. Así lo declara en su prólogo a *Botánica oculta*: «El mundo de las plantas mágicas es un mundo fascinante, extraño y antirrealista». Las hay que lo son por sus numerosas cualidades y propiedades, pero las hay también que lo son «por su misma naturaleza inverosímil». Estas últimas, nos aclara Perucho, «son las que más repugnan a los racionalistas y tienen la virtud de sacarlos fuera de quicio».

Para encuadrar mínimamente la marginalidad y excepcionalidad en su día de Joan Perucho, hay que recordar el momento en el que irrumpió en el panorama literario no sólo español sino también europeo. En aquellos tiempos, los años de la posguerra, tanto él como su gran amigo, el citado Álvaro Cunqueiro (cuyas dos primeras novelas, de género fantástico, *Libro de caballerías* y *Merlín y familia* coincidieron, sin conocerse aún, en el año 1957), lo mismo que Dino Buzzati o Italo Calvino en Italia, destacarían como auténticos titanes solitarios enfrentados al neorrealismo, o realismo a secas, en el que muchos de sus compatriotas se hallaban mayoritariamente instalados, marcando en gran medida el gusto del público de la época. Todos ellos se enclavaban en una órbita rebelde, inasible e indomesticada que giraba indistintamente, de atrás a delante o contemporáneamente, en torno a autores geniales como Queneau, Gómez de la Serna, Edward Lear, Sterne, Swift y, si no, sobre las ironías y creaciones fantásticas de Borges y también de Bioy Casares, o sobre esos sarcasmos demoledores que reconstruyen los mundos imaginarios de un Stanislaw Lem. Como otros grandes

contemporáneos –Borges, por ejemplo– Perucho practicará de forma magistral la yuxtaposición culturalista, las parodias y bromas de una imaginación iluminada y paradójica, que construye y a la vez diluye historia y obras en una mezcla sistemática de recopilación, reinterpretación, giros y círculos interminables. Mentes sumamente libres y en movimiento perpetuo, estos autores rebasan el género, devoran lecturas, percepciones, pensamientos y sentidos del juego literario. Se les podría llamar anarquistas respetuosos, muchos de ellos precursores del surrealismo y las vanguardias de este siglo, o bien experimentadores, en general, de mundos híbridos, siempre entre «dos orillas»: la realidad y la fantasía. Es decir, todo lo que de continuo *collage*, hermafroditismo, fusión y experimentalismo artístico ha vivido nuestra época.

Repartidos entre historias fascinantes protagonizadas por plantas, flores y vegetales de toda especie, o a través de microbiografías entre reales y simuladas de los más diversos personajes históricos o de ficción –ya fueran Nerón, Juliano el Apóstata, san Jerónimo, Maquiavelo, el duque de Rochefoucauld, Isabel II, Jasón y su vellochino de oro, el escritor y ocultista italiano Emilio de Rossignoli, el dramaturgo francés René de Obaldia, Cecil B. de Mille y su película *El mayor espectáculo del mundo*, el mago Belarmino de Arriaza, el general Custer, los cronistas de Indias, los diversos eruditos españoles del XVIII establecidos en Italia o la célebre Madame Blavatsky y su brillante seguidora Annie Besant–, abundan en *Botánica oculta* algunos de los protagonistas preferidos por Perucho. Protagonistas que yo llamo, genéricamente, «eruditos de lo maravilloso», y que eran una de sus marcas más reconocibles. Eruditos y aventureros, viajeros e investigadores al mismo tiempo, pertrechados de los saberes y curiosidades más extravagantes y estrafalarias, no temían afrontar los más arriesgados desafíos que el destino pusiera en su camino. A Perucho le apasionaban ese tipo de «hombres dotados para el estudio», como el capitán Damião Mascarenhas, que parece salido de un relato de Joseph Conrad, de su bello relato *La*

*planta de los barcos*, protagonizado por una planta parásita, de naturaleza mágica, que atacaba a los barcos, envolviéndolos cual «cefalópodo vegetal» o calamar gigante a lo Julio Verne. Antes de que lo dijera el gran etnólogo Leroi Gourhan, se debe la siguiente aseveración al inquieto y valiente capitán Mascarenhas, capaz de descubrir e investigar «las realidades más inverosímiles que muchos se resisten a admitir»: «El descubridor, considerado aisladamente como individuo escogido, no revela en suma sino el desarrollo excepcional de las cualidades fundamentales del hombre de acción. Salvo en algunos casos en que actúa por orden y realiza su viaje como si hubiera tomado parte en una batalla o tratado un negocio, se encuentra en él la huella del ensueño de evasión: es hijo de un marino o sobrino de un oficial, ha leído con predilección relatos de conquistas o sencillamente ha soñado ante el mar o ante una barraca de feria». Por no hablar también del pertinaz profesor alemán Herman Werner, especializado en licantropía, que, tras su viaje al Cáucaso, logró encontrar la llamada «marifasa», planta mágica que florecía por la noche en las heladas estepas. Trayéndosela consigo de regreso a Berlín, Werner la utilizó para tratar a sus pacientes licántropos.

Pero entre creaciones fantásticas más o menos improbables, o al menos no formalmente reseñadas en los diccionarios y guías convencionales, las fuentes citadas en sus relatos por Perucho, aquí y allá, sin cesar, son numerosas y de una admirable riqueza: desde Plinio y su *Historia Natural*, pasando por la *Agricultura general* de nuestro gran agrónomo renacentista Gabriel Alonso de Herrera, hasta el famoso médico y cirujano del Imperio romano Galeno de Pérgamo y su *Methodus Curativa*; así como el *Diccionario infernal* del ocultista y demonólogo Collin de Plancy, los estudios sobre *La brujería en Barcelona* de fray Gerundio, la *Re Rustica* del escritor y botánico hispanorromano de Cádiz Lucius Columella, Andrés Laguna y sus comentarios a la *Materia médica* de Dioscórides, el *Manuale Exorcistarum* del franciscano

Candido Brognolo da Bergamo o la gran ocultista Blavatsky y su *Glosario teosófico*.

¿Y qué decir de las magníficas e impagables protagonistas de estas historias, esas plantas mágicas de prodigiosas y cambiantes cualidades, entre lo positivo y digno de elogio y lo temible y lo destructivo? Las plantas descritas por Perucho, como los seres humanos (a algunos de los cuales llegan a imitar, tomando sus formas y apariencias) nos llevan a un universo tan variado como variadas son sus características, poderes y especialidades dentro del campo de la magia. Especialidades algunas de ellas de enorme extravagancia y sofisticación, como era habitual encontrar, en no pocas ocasiones, en los relatos y aventuras escritos por Joan Perucho. Por un lado, tenemos a las plantas domésticas, muy populares y apreciadas en usos cotidianos, culinarios o como adornos disputados en nuestros jardines de pueblos y ciudades. Ahí estaría la muy admirada y dulce rosa («no hay poeta en el mundo que se estime que no haya escrito un poema sobre las rosas»), también inspiración de los rosacruces; los ajos (olor preferido del emperador Vespasiano y elemento antivampírico de gran eficacia); el lánguido y romántico sauce llorón, cuyo recorrido oscila entre la China ancestral, Shakespeare, los fantasmas de Henry James y los relatos de vampiros de Le Fanu; la higuera, muy apreciada en épocas intolerantes para tapar las vergüenzas de las estatuas de Miguel Ángel o del Louvre; el famoso y noble laurel de Petrarca y Apolo, cuya estima «no sólo es erudita, sino que también está enraizada en el corazón de lo popular»; la mejorana, cuyas propiedades para la invisibilidad fueron descubiertas por uno de los magos preferidos de Perucho, nacido en Medina del Campo, Belarmino de Arriaza, en su *Manual de Hechicerías*; y, por fin, las habas, verduras de muy mala fama en la antigua Roma, denostadas por Pitágoras porque, según decía, «tenían sangre y pertenecían por tanto al reino de lo animal».

Perucho se extiende en el posible grupo de las plantas declaradas formalmente mágicas, de singulares propiedades, con relatos

divertidísimos e irresumibles de por sí, que harán cada uno por separado las delicias del lector. Ahí está la suplicante (planta-orfeón que canta); la zapadora, planta erudita e ilustrada que se revela como una voraz lectora; el ghol, que tiene la cualidad de cambiar violentamente los comportamientos de aquellos a los que atrapa, conformando en torno a ellos «una fina película, brillante y translúcida», como fue el caso de un vietnamita que, no sabiendo español ni apenas inglés, de repente «cantó flamenco andaluz» para poco más tarde arrojarlo desde el Big Ben; la triunfalina, planta propia de los moralistas y del pensamiento reaccionario, desaparecida en la actualidad, como sucede con muchas de ellas, y que llegó a escribir un instructivo y desternillante *Catecismo para las muchachas*; la veloz, planta mágica «sentimentalmente monárquica», muy amiga de la emperatriz Sissi y protagonista de un graciosísimo y genial relato de aventuras, con Livingstone y el doctor Doolittle de figuras estelares; la carnívora, conocida por los lectores de Perucho a través de las aventuras del naturalista barcelonés Antoni de Montpalau y el vampiro Onofre de Dip, protagonistas ambos de su novela *Las historias naturales*; la feroz strigiles, planta maldita y arma de Estado capaz de las más terribles venganzas, tan agresiva como el árbol llamado olocanto, conocido por sus apariciones históricas en diversas revoluciones, o por fin el ch'i, planta inventada y pintada por el rey y pirotécnico Chung-ting, de la dinastía Shang, muy apreciada en especial por Marco Polo en su viaje a China. A su regreso a Europa, se nos informa, el famoso viajero italiano se trajo de forma clandestina un ejemplar, dando así comienzo a un largo recorrido de dueños de tan ansiado vegetal, desde Napoleón al gran amigo de Perucho, el escritor Néstor Luján.

Aunque no podemos dejar de reseñar las más audaces creaciones —a modo de leyendas fantásticas recogidas por Perucho, reelaboradas hilarante y libremente por su inagotable imaginación y dotes irónicas—, que son esas plantas que adquieren monstruosamente la condición antropomorfa. Ahí estaría la dulce amiga, plan-

ta de raíz andrógina, sumamente intrigante y sensual, según se nos dice, oriunda de Arabia y amantes sucesiva e insaciable de un gran número de hombres y mujeres poderosos, desde la emperatriz de Rusia a Luis XV. En la Primera Guerra Mundial reaparecería en su país de origen, según constata T. E. Lawrence en su conocida obra *Los siete pilares de la sabiduría*. Pero también estaría la temible planta mágica dama del velo negro, oriunda de Tasmania y de características canibalescas, seductora y enigmática, que, disfrazada con un siniestro velo negro, se acababa comiendo a sus incautos pretendientes. O por fin la planta bebé, protagonista de «la tierna historia» o relato muy kafkiano de terror que tiene como centro una metamorfosis sucedida en un plácido hogar holandés de comienzos del siglo xx.

En cualquiera de estos asombrosos y poéticos relatos, llenos de prodigios y sucesos inesperados, de humor e ironía a raudales, el lector actual disfrutará a la manera de un espectador intemporal de magias y portentos que lo transportarán de un escenario a otro, de un vertiginoso viaje a otro más tranquilo que bucea en libros y enigmas del pasado. Verdades sobrenaturales, estremecimientos por lo que se ve y lo que no se ve, que «no les ocurren a todos, ni todos lo detectan», como siempre decía Perucho. Sólo algunos —«los que poseen el sentido de lo maravilloso y poético»— serán los elegidos, nos dice una y otra vez este autor a lo largo de su obra. Los que no adivinan sombras ni verdades ocultas, los que no presienten ni perciben nada más allá de lo material y físico, ningún misterio escondido más allá del espejo; los que carecen de estos turbulentos universos interiores, de estas «verdades poéticas», de una existencia paralela, profunda y espiritual, eran para Perucho «dignos de la mayor compasión». Así definiría a los que habitaban el universo chato y único, cotidiano y ramplón, de lo masivo y codificado, «sin imaginación»: «Hay mucha gente que no ha visto en su vida un fantasma [...] Es gente que no tiene imaginación ni gusto por el riesgo y la aventura. Pasan por la vida sin darse cuenta de lo que

se pierden. Prefieren, naturalmente, un coche y una segunda residencia cómoda; disfrutan, felices, del consumismo y de su egoísmo. Esto equivale a una vida a ras de suelo. Es triste». De hecho, George Steiner, el gran teórico de la literatura de nuestros días —junto a Harold Bloom, gran defensor y valedor de la obra de Perucho, ambos recientemente desaparecidos—, siempre mantuvo que asistíamos a una suerte de «desmayo de la imaginación». Ante el hecho sorprendente de que haya actualmente cuatro cubos de basura en la Luna, decía Steiner, «no ha surgido ningún Rabelais, Swift o Juvenal para contarlo».

Mercedes Monmany

## PRÓLOGO

El mundo de las plantas mágicas es un mundo fascinante, extraño y antirrealista. Con ellas podemos curar evidentemente un mal de piedra o una diarrea galopante, deshauciados ya por la ciencia; pero también podemos volar por los aires con la Veloz o cocinar divinamente con la ayuda y la práctica de un misterioso Ch'i. Deberíamos, sin embargo, guardarnos de algunas plantas diabólicas que pueden abrir puertas y ventanas y penetrar silenciosamente en las alcobas.

Con ello queda dicho que existen dos clases de plantas mágicas. Las que lo son por sus propiedades y las que lo son por sí mismas, por su naturaleza inverosímil. Estas últimas son las que más repugnan a los racionalistas y tienen la virtud de sacarles fuera de quicio. Nosotros hemos hecho relación de unas y otras, dedicando la primera parte del libro a las más importantes. Luego, en un largo apéndice, informamos sucintamente de las demás, sin pretender agotar, ni mucho menos, el tema.

Finalmente, este libro constituye un homenaje a los magos que atesoran el saber antiguo y, de entre ellos, de manera muy principal, a Paracelso, padre de la Botánica oculta, y sin cuyas enseñanzas este libro jamás hubiese podido ser escrito.

## EL IMPERIO, LOS MAGOS Y LA STRIGILES

Cuando Juliano el Apóstata arrojó de su rostro la careta del catolicismo y se proclamó pagano, lo hizo afirmándose a sí mismo mediante el *taurobolium*, rito que, haciendo aspersiones de sangre de toro, pretendía borrar el carácter que imprime el bautismo. En realidad, no hacía más que seguir las directrices que le había inculcado el infame eunuco Mardonio impulsándolo al neoplatonismo, a los discursos de Libanio y a las lecciones de Máximo de Éfeso. Como es sabido, dictó muchas disposiciones contra los cristianos e incluso quiso restaurar el antiguo culto público de Apolo, mandando, como medida previa, trasladar las reliquias de san Bábilas. La gente se agolpó ante el palacio imperial cantando el salmo 96: «Confundantur omnes qui adorant sculptilia et qui gloriantur in simulacris suis»; el salmo 113: «Simulacra gentium argentum et aurum...». Juliano se puso pálido de rabia y, rompiendo un vaso que sostenía entre las manos, juró vengarse. Lo primero que dispuso fue que se azotara allá mismo a la matrona Pubila y a las vírgenes que andaban por la calle cantando los salmos de protesta.

Luego retiróse a sus habitaciones y después de escribir un párrafo de su obra *Galileas*, en la que desplegaba su refutación de san Cirilo, recibió al eunuco Mardonio, el cual le propuso la restauración —para corromper a los cristianos— de las calendas de enero, fiestas licenciosas, ya criticadas por Tertuliano en el siglo II. Acce-

dió a ello Juliano, pero san Atanasio, que había vuelto del destierro, contraatacó eficazmente:

Esa loca impiedad que observa los días, se une a los augures y se persuade de que si la nueva luna de enero se pasa en la alegría, la abundancia y la malicia, debe asemejarse todo el resto del año. Se encienden fuegos en las plazas públicas, se adornan de coronas las puertas de las casas. ¡Pompas del diablo, insensatas puerilidades! (Homilía XXIII, «In eas qui novilunia observant».)

Asimismo, Prudencio nos ha dejado un elocuente alegato contra estas fiestas que algunos cristianos del siglo IV celebraban para honrar, mediante la observación de los auspicios y con disolutos festines, las calendas del mes de Jano, y deplora «una censurable tradición restaurada que, partiendo de los antepasados, llega a sus últimos descendientes, cuyos irreflexivos corazones no saben romper la cadena de una superstición ya caducada». («Contra Symmach», I, 1, vers. 136 seqq.):

*... Jano etiam celebri de mense litatur  
auspiciis epulisque sacris, quas inveterato,  
heu miseri! Sub honore agitant, et gaudia ducunt  
festa kalendarum...*

Las censuras y el fracaso de la política de Juliano el Apóstata sumieron a éste en una ira sorda y asesina, haciéndole temblar las mejillas de indignación cada vez que se enteraba de un triunfo cristiano. Mardonio le propuso entonces utilizar la Strigiles, planta maldita que se criaba en las tierras donde cayó el maná, como venganza del diablo al éxodo de los israelitas. Esta planta mágica, parecida a una gran ortiga, y como ella provista de lacerantes espinas, localizaba a los enemigos de su dueño y los mataba sin com-

pasión. Con la Strigiles suprimió Juliano a los cristianos Macedonio, Teódulo y Taciano, no haciendo más víctimas a causa de su propia muerte, acaecida frente a los persas el año 363. Dícese de Juliano el Apóstata que cayó exclamando: «¡Venciste, Galileo!».



La Strigiles volvió a usarse años más tarde en controversias religiosas, pues aunque Eutropio, el chambelán (asimismo eunuco) de Arcadio, pudo conseguir la elección de Crisóstomo como obispo de la nueva Roma, la crítica abierta del gran moralista ofendió a la emperatriz Eudoxia y a la corte. Eudoxia entonces mandó una Strigiles contra Eutropio, y éste apareció una mañana desplomado sobre la mesa del comedor, víctima de horribles mutilaciones. Murió en actitud de orar, las manos hacia el cielo y el rostro vuelto hacia Oriente.

La Historia no registra más apariciones de la Strigiles utilizada como arma de Estado. La última referencia que tenemos de ella la encontramos en el siglo XIX, y hace alusión a la despiadada guerra que, a partir del año 1886, tuvo lugar entre dos magos

eminentes. Stanislas de Guaita (jefe de los Rosacruces) y el exabate, o abate renegado, Joseph-Antoine Boullan (jefe de los Satanistas), que vivía en concubinage con una exmonja llamada Adela Chevalier. El marqués de Guaita trataba a su enemigo de «pontife d'infamie, basse idole de la Sodome mystique, goétien de la pire espèce, homme misérable et criminel, sorcier et fauteur d'une secte immonde», declarando que el sistema de Boullan conducía: 1.º, a la promiscuidad sin límites, a la ambigüedad del impudor; 2.º, al adulterio, al incesto, a la bestialidad; 3.º, al incubismo y al onanismo erigido en actos inherentes al culto, en actos meritorios y sacramentales.



A partir de entonces, se declaró lo que se ha llamado «la guerra de los magos», y Boullan fue declarado culpable por un Tribunal de Iniciados. Se notificó el fallo a Boullan, y éste comprendió que su sentencia de muerte sería ejecutada por procedimientos mágicos. Entonces contraatacó, lanzó maleficios y conjuros; hizo lo que pudo para defenderse, ayudado por J. K. Huysmans, que lo consideraba un santo.

La guerra duró varios años, en el transcurso de los cuales a Boullan se le aparecieron fantasmas y le ocurrieron cosas terribles. Lo que más le inquietaba era encontrar espinas como de ortiga entre los pliegues de su ropa interior, sobre todo en los calzoncillos, y muchas veces éstas se clavaban impensada y dolorosamente en la carne de sus partes delicadas. La situación fue empeorando, y llegó a encontrar espinas incluso en la comida. Un día, Boullan falleció dando grandes gritos e intentando sacarse inútilmente un collar de Strigiles que le rodeaba con ferocidad el cuello. Sobre su lápida funeraria se grabó lo siguiente:

J.A. BOULLAN  
NOBLE VICTIME

Manos piadosas cuidaron al principio de su tumba. Luego, el tiempo la agrietó y corrió la voz que, desde una de sus grietas, surgía la terrible Strigiles. Sin embargo, no es seguro, y toda esta apasionante cuestión ha caído ya irremisiblemente en la más profunda noche del olvido.

## LAS HABAS

Siempre han tenido mala reputación las habas, y aunque Diógenes Laercio nos dice que Aristóteles escribió un tratado sobre ellas, lo cierto es que ya la diosa Ceres las excluyó de entre los ricos productos de la agricultura. Pitágoras, que era un vegetariano furibundo y cascarrabias, afirmaba que las habas tenían sangre y pertenecían por lo tanto al reino animal. Esto le costó la vida, pues un día, cuando era perseguido por sus enemigos, no quiso atravesar, en su desenfrenada carrera, un plantío de habas por no pisar a estos enigmáticos seres con sangre, y se dispuso a dar un rodeo. Pero lo alcanzaron y lo asesinaron miserablemente junto a las habas.

En Roma, éstas eran miradas con muy malos ojos, y no se podía tocarlas ni nombrarlas siquiera. Dícese que los «lemures», o sombras vagabundas impías, arrojaban por las noches puñados de habas dentro de las casas al objeto de acarrear el infortunio y la desgracia a sus moradores. Tuvieron, no obstante, una función política, pues las votaciones para decidir un asunto se hacían con habas blancas y habas negras. Hay lugares en que era y es costumbre encender hogueras de San Juan en campos de habas para que éstas maduren pronto. En la España de Cervantes también se hacía así; y las mozas se ponían en la ventana con el pelo suelto y un pie dentro de un balde de agua, atento el oído al primer nombre de varón, pues éste sería el soñado marido:

Yo, por seguir mi intento,  
los cabellos doy al viento,  
y el pie izquierdo a una bacía  
llena de agua clara y fría,  
y el oído al aire atento.

Las habas han tenido una importancia decisiva en el celebrado Gâteau du Roi, y M. Cheruel escribe que, en Francia, era costumbre, desde tiempo inmemorial y por una tradición que se remontaba hasta las saturnales de los romanos, servir, la víspera de Reyes, una torta en la cual se encerraba un haba, que designaba al rey del festín. La torta de Reyes se comía en familia, y era ocasión de estrechar los afectos domésticos. Las memorias de madame de Motteville afirman que sacábase la torta de Reyes incluso en la mesa de Luis XIV.

Esta noche –escribe– la reina nos dispensó el honor de enviarnos una torta a madame de Bregy, a mi hermana y a mí: la partimos y bebimos a la salud con el hipocrás que nos hizo traer. Otro día, para divertir al rey, la reina quiso separar una torta, y nos dispensó el honor de hacernos tomar parte con el rey y con ella. La hicimos reina del haba, porque el haba se encontró en «la parte de la Virgen». Mandó que nos trajeran una botella de hipocrás, que bebimos delante de ella, y le obligamos a beber también un poco. Quisimos satisfacer las extravagantes locuras de aquel día y gritamos: «¡La reina bebe!».

En *Botánica oculta*, la decocción del haba (*faba vulgaris*) es buena contra el mal de piedra. El emplasto de su harina resuelve los tumores de las partes sexuales. La harina de habas es excelente, según Paracelso, contra las quemaduras del sol y las escaldaduras producidas en las entrepiernas. Para ello se restriega la parte enferma,

durante diez minutos o más, y luego se aplica una compresa de la propia harina. Las flores de esta planta llevan la marca de los infiernos, según la escuela de Pitágoras. Las habas, recolectadas a fines de octubre, están bajo los auspicios de Escorpio con Mercurio. El fruto es de Saturno y de la Luna.

En el *Testamentum Fratrum Rosae Aureae Crucis* puede leerse lo siguiente:

Ahora tomad las cenizas de unas habas, o bien las cenizas de un animal, pájaro o lagarto, o bien las cenizas del cadáver en descomposición de un niño; quemadlas al rojo, introducidlas en una vasija grande de cristal, de modo que cubra bien toda la materia, y cerrad herméticamente la vasija, que colocaréis en sitio cálido. Al cabo de tres veces veinticuatro horas, la planta aparecerá con sus flores; el animal o el niño con todos sus miembros, resultados que algunos utilizan para vastos experimentos. Estos seres son, no obstante, criaturas puramente espirituales, ya que al agitar o enfriar la vasija no tardan en desaparecer. Si se deja el recipiente en reposo, vuelven a aparecer, lo cual resulta un espectáculo maravilloso digno de admirarse. Un espectáculo que nos permite asistir a la resurrección de los muertos, y nos muestra cómo todas las cosas de la Naturaleza volverán a tener figura después de la resurrección universal.

Aparte de sus propiedades mágicas, las habas son guisadas divinamente en Cataluña, como casi todo el mundo está dispuesto a reconocer. Hay también un decir: «son habas contadas», y una canción —«Las habas verdes»— muy popular durante la segunda guerra carlista:

Ayer me dijiste que hoy;  
hoy me dices que mañana,

y mañana me dirás  
que de lo dicho no hay nada.

Como pueden ustedes ver, es ésta una canción desengañada y amarga, de un aplastante pesimismo. Hoy la llamaríamos una canción comprometida.